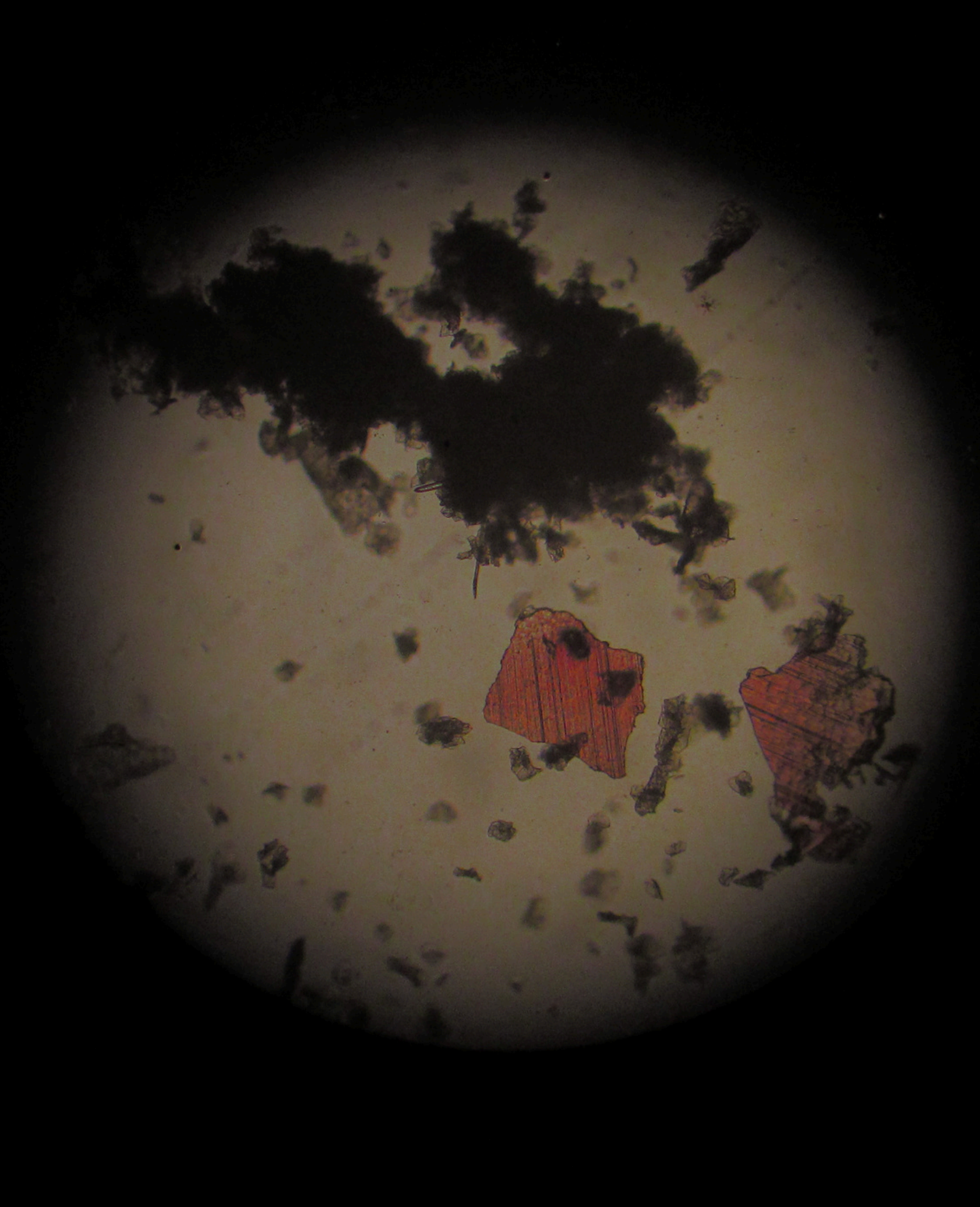


Espejo Tierra



A Sushi, Lulú, Lluvia, Max, Limón, Brisa, Dumbo, Mona, Enero, Gamina, Flaca, Floja, Moisés, Lucas, Bitto, Roscoe, Bell, a los ratones, a los pájaros, a las arañas, a los escarabajos, a los árboles, a la tierra.

Dani, gracias por apoyarme y creer en mis ideas.

This project explores the connection between the earth and my female experience, considering some exploitative practices that affect both the ecosystem and us women; a dynamic of domination that manifests in gender violence. Through ecofeminism, I address these violences in a poetic and reflective manner, using "three seeds" : the use of the microscope, healing rituals, and an empathetic connection with nature. Each seed generates sprouts that later transform into poetic actions, seeking to challenge some power structures and propose new ways of relating the human body and the Earth.

Resumen

Este proyecto explora la conexión entre la tierra y mi experiencia femenina, pensando en algunas prácticas de explotación que afectan tanto al ecosistema como a nosotras las mujeres; una dinámica de dominación que se manifiesta en la violencia de género. A través del ecofeminismo, abordo estas violencias de manera poética y reflexiva, usando "tres semillas" : el uso del microscopio, rituales de sanación y una conexión empática con la naturaleza. Cada semilla genera brotes que más adelante se convierten en acciones poéticas, buscando desafiar algunas estructuras de poder y proponer nuevas formas de relacionar el cuerpo humanx con la tierra.

Índice

La Tierra	6
Las Mujeres	7
Ecofeminismo	8
Ana Mendieta	9
Semillas	10
Hacer Visible Lo Invisible	11
Rituales y Conversaciones con la Tierra	15
Empatía	20
Germinación	26
Simbiosis	27
Acerca de enterrarme	29
Dientes Semilla	30
Herencia	33
Algunas conclusiones	36
Poemas	37
Bibliografía y Referencias	40

La tierra como materia fue mi primer interés al comenzar este proyecto y aunque al principio no tenía definido con claridad el enfoque específico, me dejé guiar por la intuición de querer trabajar con ella y por la conexión personal que tengo con el ecosistema presente en mi casa en Subachoque, Cundinamarca.

La vida cotidiana aquí me ha llevado a tener una sensibilidad y empatía hacia la tierra y todas sus voces: gigantes, pequeñas, diminutamente infinitas. Lastimosamente, en mi día a día también he visto cómo se intenta dominar su infinitud y complejidad mediante prácticas que lejos de respetar su integridad, la someten a incontables agresiones. He visto la naturaleza siendo perforada para construir edificaciones, quemada por diversión, fragmentada y dividida por el afán de las personas de apropiarse de terrenos, atrapada en trampas porque es vista como plaga, ahogada, envenenada y otras cosas que no sé ni cómo nombrar. Todas estas acciones siempre han estado escudadas bajo el pretexto del desarrollo, del “bien común” y la suposición de que lxs seres humanxs estamos por encima y tenemos un derecho inherente sobre la tierra. En mi opinión, este pensamiento tan sólo demuestra lo mucho que nos falta evolucionar y el inmenso miedo que le tenemos a la otredad, es decir a aquellxs que consideramos diferentes a nosotros. Nos urge repensar esta relación entre el “yo” y “lx otro”.

Esta continua violación de la tierra con el objetivo de satisfacer el deseo humano, muestra una dinámica de colonización y deseo de poder constante, sin detenernos a reconocer su valor, su autonomía, ni a pensar cómo nosotrxs, humanxs, también hacemos parte del tejido universal. Como dijo Carl Sagan (1990), “nuestras posturas, nuestra presunción imaginada, la falsa ilusión que tenemos de tener un lugar privilegiado en el universo son desafiadas por este pálido punto de luz. Nuestro planeta es tan sólo una mota solitaria en la inmensa oscuridad cósmica”. Entendiendo esto, pienso que es importante repensar nuestro lugar en la tierra y en el universo. Somos seres que hacemos parte de la tierra; existimos junto con ella y necesitamos buscar nuevas maneras de relacionarnos donde se desdibujen tantas jerarquías y tanto afán de dominación, para construir un mundo donde todas las formas de vida puedan prosperar, sin ser condenadas o discriminadas por ser diferentes.

La ecofeminista argentina Alicia Puleo (2014), destaca que “la violencia de género es una estrategia sistemática para silenciar a las mujeres, perpetuando así la dominación patriarcal” (p. 97), lo que refleja cómo nuestras experiencias se minimizan en una cultura que busca mantener el control. Por eso, creo que es importante seguir proponiendo maneras de señalar estas situaciones y sobre todo de proponer una nueva manera de pensar y de resistir ante estos silenciamientos e intentos de control. A través de este proyecto, intentaré explorar la pregunta de cómo podrían ser estas nuevas maneras de pensar y relacionarnos con el mundo, resistiendo a estas dominaciones y silenciamientos.

Las mujeres, de manera similar a la tierra, en muchas ocasiones somos tratadas como un recurso a ser explotado, como un objeto al servicio del hombre. Muchas prácticas de explotación de la tierra, como la caza, el uso indiscriminado de pesticidas, la perforación ilegal y las lógicas detrás de éstas, se reflejan como un espejo en muchas situaciones de violencia de género en su manera de operar. El ver a lxs otrxs como inferior e indefensxs, el deseo de controlar su cuerpo y la vida que crece en él, la normalización y justificación del uso de la fuerza para obtener un beneficio personal. ¿Acaso no hay similitud entre éstas situaciones y los feminicidios, la esterilización forzada y la cultura de la violación?

Como lo dice la ecofeminista colombiana María Claudia García (2018), “la explotación ambiental y la violencia de género son producto de una lógica patriarcal que deshumaniza tanto a la naturaleza como a las mujeres” (p. 43). El sistema patriarcal nos trata como objetos de propiedad, manipulables y controlables para satisfacer las necesidades y deseos de quienes tienen el poder.

Este ciclo de explotación además de afectar el equilibrio ecológico y vital de la tierra, también refleja una forma de dominación que va más allá de la relación humanx-naturaleza. El sistema capitalista, extractivista y patriarcal en el que estamos inmersxs, no sólo explota los recursos naturales, sino que también perpetúa y refuerza estructuras de poder que subordinan a diversos grupos humanos. En este caso me voy a referir particularmente al caso de la violencia del sistema patriarcal hacia las mujeres, que aunque ha sido ampliamente tratado, siento que como mujer tengo una responsabilidad y un deseo de abordar el tema desde mi propia voz.

Mi proyecto toma como marco teórico el ecofeminismo; una corriente de pensamiento que articula el feminismo con la ecología. El ecofeminismo, grosso modo, analiza cómo las violencias y opresiones que enfrentamos las mujeres y la tierra, están interrelacionadas y propone maneras de resistir y de imaginar otros mundos posibles. El Ecofeminismo me ha ayudado a explorar mi pregunta de cómo se pueden imaginar o crear estos nuevos mundos, resistiendo a las lógicas de dominación y silenciamiento del sistema patriarcal y extractivista, ofreciendo un marco teórico concreto que plantea y analiza la relación entre la opresión histórica de las mujeres y la explotación de la tierra. El ecofeminismo me ha permitido entender cómo el cuerpo también es un territorio y cómo es importante sanar el vínculo entre ese *cuerpo-territorio* y la tierra, ambxs afectadxs por lógicas de explotación. Al empezar a sanar este vínculo, podemos también empezar a imaginar y construir nuevas maneras de relacionarnos donde exista más empatía y respeto por lxs otrxs, resistiendo a las estructuras de dominación que lxs oprimen.

Alicia Puleo, en su texto *Ecofeminismo para otro mundo posible*, dice: "La nueva Ariadna del siglo XXI es hija del feminismo y de la ecología.(...) Ya no admira al que mata al «Otro», sino que libera al monstruo, reconociendo su parentesco con lo humano" (p.2) Estudiar el ecofeminismo y lo que escriben y piensan las mujeres ecofeministas, ha nutrido mucho mi proyecto y me ha permitido entender lo que hay detrás de muchas acciones y situaciones que suceden en nuestra vida cotidiana. Por ejemplo, en el pueblo en el que vivo, Subachoque, hace poco hubo un feminicidio. Era una pareja compuesta por un hombre y una mujer. El hombre, una noche en un ataque de celos, roció a la mujer con licor y luego le prendió fuego. La mujer duró aproximadamente 2 meses en el hospital hasta que falleció por la gravedad de sus heridas. El hombre, adinerado e influyente, seguía libre. Gracias al Ecofeminismo, pude por lo menos preguntarme acerca de la relación que había en esta situación particular entre territorio-mujer-sistema patriarcal. ¿Acaso el contexto rural en el que vivía la mujer, pudo, de alguna manera, influir en la facilidad con la que este hombre la quemó viva, sin que nadie lo notara de manera pronta? ¿Por qué el hombre pensó que tenía derecho a asesinarla sólo por sentir celos? ¿Por qué se sintió superior y con derecho sobre ella, sobre su vida? ¿Por qué no lo capturaron de inmediato y siguió libre, caminando como cualquier otra persona por el pueblo por meses a pesar de que existían varias denuncias en su contra? Entendí que efectivamente hay una relación entre todos estos elementos, presentes en muchos aspectos de nuestra vida.

El ecofeminismo es una manera crítica de pensar pero a la vez imaginativa que nos permite la libertad de soñar nuevas maneras de vivir y de resistir. Como dice, tan bellamente, Claudia Korol (2016), feminista y educadora popular argentina, acerca de la importancia de imaginar nuevos feminismos: "(...) Feminismos comunitarios que desencubren el colonialismo y su voracidad extractivista, feminismos campesinos que atesoran las semillas como patrimonio de la humanidad y enseñan los misterios de la soberanía alimentaria, feminismos que se levantan desde nuestros territorios cuerpos y territorios tierras, desmalezando los espacios para la fiesta de la vida" (p. 14) Es justamente la importancia de crear y de imaginar nuevos mundos posibles, la que impulsa este proyecto y lo que me da la certeza de que es importante, inclusive si no llega a ninguna respuesta concreta, por el simple hecho de buscar y tratar de experimentar nuevas formas de relacionarnos con el mundo. Mucho se habla de nosotrxs lxs humanxs como seres sentipensantes, y aunque es cierto, pienso que antes que pensamiento racional, está la imaginación. Nuestra imaginación es la que en últimas, va creando nuestra la realidad y es fundamental aprovecharla y usarla al máximo. Es urgente soñar. Por eso, en mi proceso de investigación-creación, intento imaginar nuevas maneras de hacer, de relacionar mi cuerpo con el mundo, de soñar, de jugar.

Me parece importante escribir una página acerca de cómo el fascinante trabajo de Ana ha nutrido el mío y cómo me ha ayudado a explorar mi pregunta de investigación. Si bien es posible que visualmente ambos trabajos se parezcan y ciertamente compartan algunos temas de fondo, cada uno tiene su esencia y magia propia.

Ana Mendieta, a través de su obra, estableció una conexión profunda entre la naturaleza y la identidad femenina, usando el paisaje como un medio para explorar su propia experiencia de migración y pertenencia. En obras como su "Silueta Series" (1973-78), Mendieta incorporó elementos de la tierra, la arena y el fuego para crear impresiones de su cuerpo en el suelo, rescatando una conexión profunda con el entorno.



Silueta de fuego, de la Silueta Series, 1976.



Sin título, de la Silueta Series, 1976.



Imagen de Yagul, de la Silueta Series 1973.

Mendieta (s.f) decía, refiriéndose al uso de elementos naturales en su trabajo: "A mí me ha atraído la naturaleza porque como no tenía tierra, como no tenía patria", lo que nos permite pensar su trabajo desde una búsqueda de pertenencia y una exploración de la identidad a través del paisaje. Mi proyecto, aunque también busca esa conexión íntima del cuerpo y la naturaleza, se sitúa en un contexto que critica las estructuras de poder que afectan tanto a la naturaleza como a las mujeres.

Si bien Mendieta exploraba temas de identidad y pertenencia a través de su conexión ritual con la tierra, mi trabajo amplía esta búsqueda al abordar también la interrelación entre la violencia de género y la explotación ambiental en un sistema patriarcal y capitalista, proponiendo nuevas maneras de relacionar el cuerpo con la naturaleza. En una de mis acciones, me enterré bajo la tierra durante una hora; una acción que buscaba dejar que mi cuerpo y la tierra se fusionaran y coexistieran, proponiendo una manera de resistencia y cuestionamiento a la superioridad cotidiana con la que nos relacionamos físicamente con ella, buscando también una manera de resistencia y sanación, reconociendo en la tierra un espacio de terapia y meditación. Aunque tanto Mendieta como yo usamos el acto de ser enterradas como una forma de relacionarnos con la tierra, las intenciones son distintas.

Semillas

Al comenzar este proyecto, sentí la necesidad de conectarme de manera más profunda con la tierra y conmigo misma, y lo hice a través de lo que llamo **tres semillas**. Estas semillas, como en una siembra, son la fase inicial de exploración en mi metodología de investigación-creación. Al plantarlas, permití que cada una germinara de manera orgánica, guiando el proceso de forma intuitiva y paciente, lo cual me llevó a tres brotes: tres series de acciones poéticas que relacionan el cuerpo con la tierra. Cada brote es una extensión de su semilla, desarrollada con un enfoque experimental que busca crear una simbiosis y diluir estructuras de dominación, permitiendo que el proyecto crezca y se transforme como lo hace la naturaleza misma. Como las semillas, mi proyecto se nutría y crecía simultáneamente.

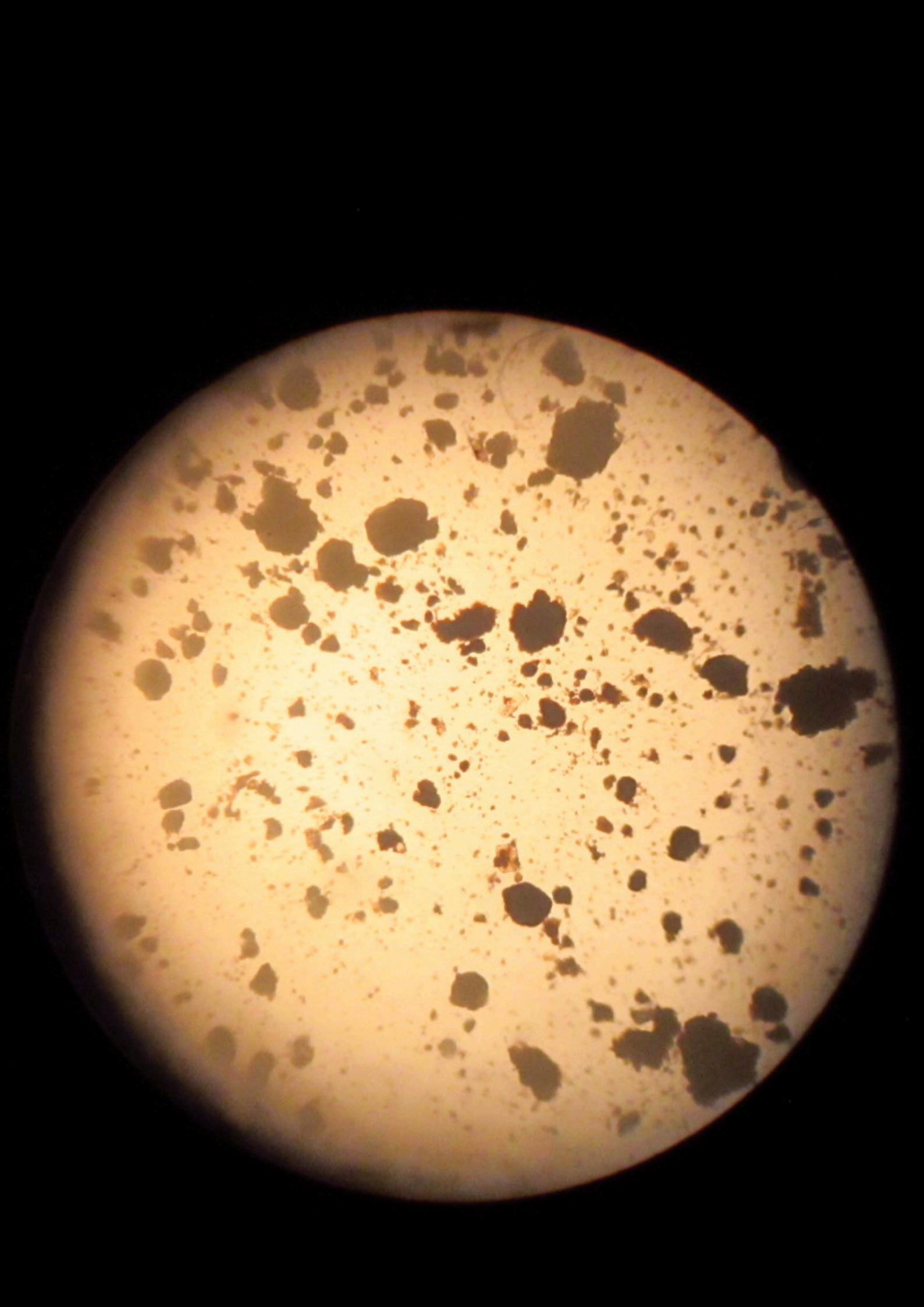
La primera semilla que sembré se llamó *Hacer visible lo invisible*. La segunda, *rituales y las conversaciones con la tierra*. La tercera, *Empatía*.

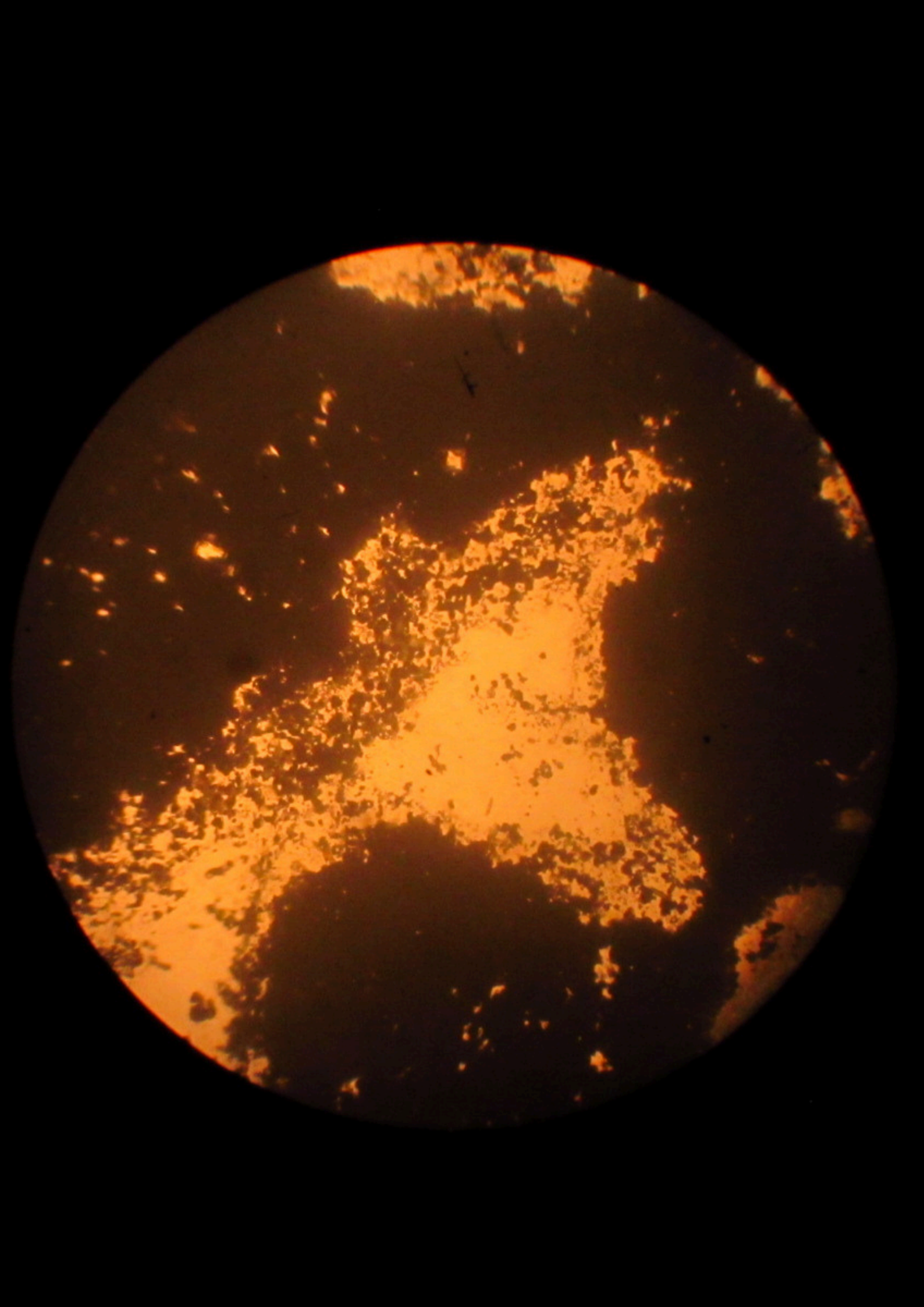
En las siguientes páginas voy a contar un poco más en detalle acerca de cada semilla y qué aportó cada una para el pensamiento y proceso plástico de este proyecto.

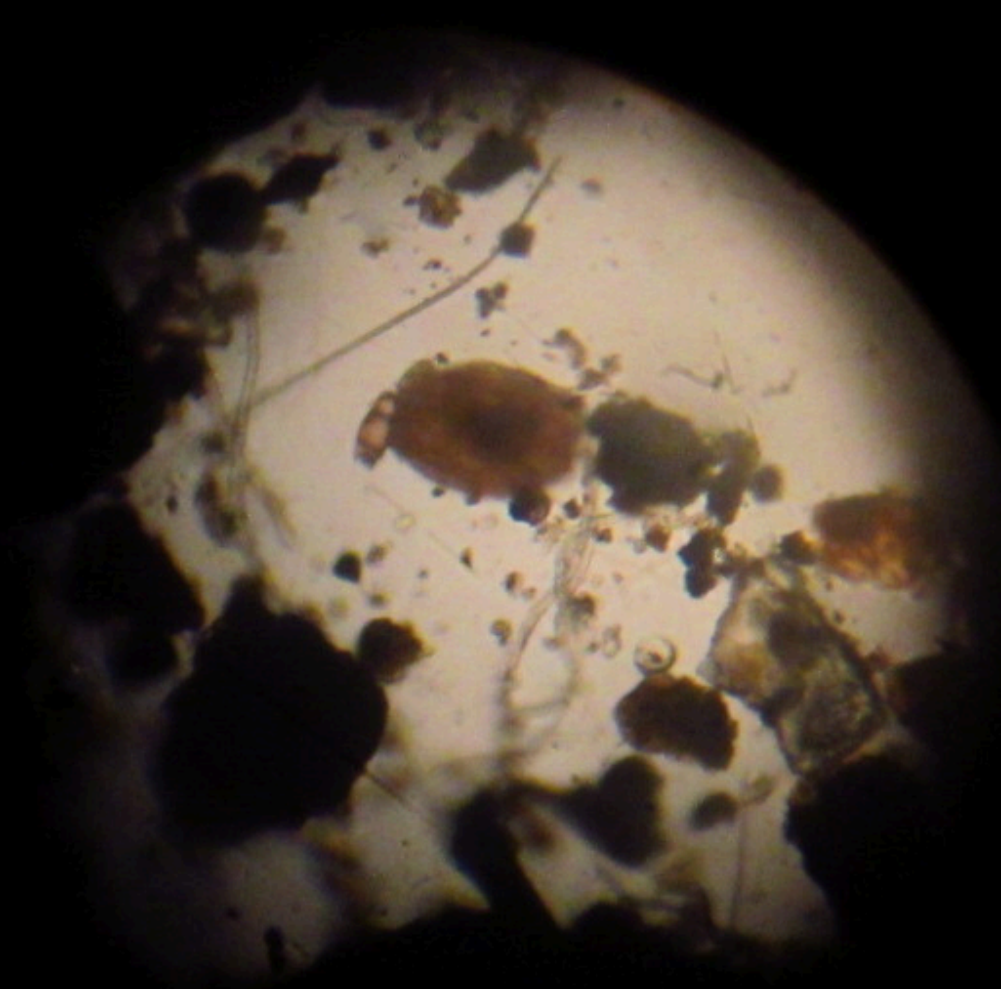
Me acerqué a la tierra a través del microscopio, buscando encontrar y ver aquello que cotidianamente permanece invisible. Desde el primer momento, el microscopio me sugirió una forma fálica; una mirada patriarcal que está presente en muchas de nuestras interacciones con el mundo y su propósito de penetrar y examinar lo diminuto. Tradicionalmente, el sistema patriarcal ha mirado tanto a la tierra como a las mujeres con una actitud de apropiación y control, una 'visión' que observa para categorizar, explotar y dominar. Este tipo de mirada implica un poder jerárquico que despersonaliza y reduce.

A través del microscopio, sentí al principio una tensión similar: el mismo instrumento de observación sugería una intención de disección que me hacía ver la tierra como objeto, fragmentada, ajena a su totalidad viva. Me sentí como esa tierra. Me di cuenta de que igual que la tierra bajo el microscopio, muchas veces, como mujer, he sido vista a través de un lente que me ha convertido en objeto de estudio, dominación y control. Tanto la naturaleza como las mujeres hemos sido muchas veces despojadas de nuestra autonomía y reducidas a objetos de análisis.

Esta idea me confrontó y me llevó a cuestionar no solo la naturaleza de mi propia exploración, sino también cómo hemos aprendido a mirar y relacionarnos con la tierra y con nosotras mismas. Esta exploración me abrió la puerta a una nueva forma de ver/sentir: Buscando entender y dialogar en lugar de colonizar. En este sentido, el microscopio no sólo se convirtió en una herramienta de observación, sino también en un símbolo de reflexión e introspección. Seguí mirando la tierra con el microscopio, pero ahora con una mirada y actitud empática, cuidadosa, respetuosa y asombrada de toda la vida que estaba ocurriendo allí.







Imágenes tomadas del microscopio, viendo la tierra. Parecen planetas, *planetas-tierra*. Diminutos e infinitos. Reflejos de lo que somos.

Rituales y conversaciones con la tierra

A través de una serie de rituales, desenterré mis memorias de violencia sexual, recordé y reconocí cómo me han afectado, buscando explorar mi pregunta de investigación desde un lugar de experiencia y memoria. Para hacer esto, primero recogí algunas flores de mi jardín y formé con ellas un círculo de protección. Al poner cada una, le iba agradeciendo por darme un espacio de meditación y seguridad. Al estar dentro de ese círculo de flores, empecé a cavar un hueco con mis manos en la tierra, al mismo tiempo que cavaba dentro de mi memoria, buscando aquellos recuerdos de violencia sexual que me han marcado a lo largo de mi vida. Repetía mi mantra: “Encontrar espejos de tierra”.

Mientras recordaba, transformaba esas experiencias en imágenes, sonidos y sensaciones. Se me venían a la mente imágenes de máquinas perforando el suelo, derrames de petróleo, incendios provocados y de toda contaminación que está pudriendo la vida. Estas imágenes tan vívidas resonaban con la violencia que había experimentado; cada recuerdo me producía una emoción similar a la que sentía al pensar en el daño infligido a la tierra. En este proceso, descubrí que mis heridas eran un reflejo de las heridas de la tierra, un eco de un sufrimiento compartido.

El ritual se convirtió en un puente que conectó mi dolor con el de la tierra, y entendí que tienen raíces compartidas. También me abrió un camino hacia la sanación al poder reconocer mis memorias a través de este espejo, y me brindó un espacio para liberarme y cultivar la esperanza de sanar, juntas.







Fotos y detalles del círculo de flores sagrado en el cual tuve mis rituales y conversaciones con la tierra.



Con pasto que había sido cortado, herido, escribí mi mantra en el jardín: *Encontrar espejos de tierra*. Al mismo tiempo que hablaba con la tierra, sentí que la conversación fue también con el cielo, quien miraba atento y de frente mi mensaje.

La última semilla fue acercarme a la tierra de una manera más espontánea e intuitiva. Caminando por el campo y el bosque con una mirada empática, encontré muchos reflejos de mis propias experiencias y de mi propio cuerpo en muchas situaciones.

En este lindo proceso, sin pretensiones, sentí una conexión casi visceral con muchas de las escenas y situaciones que encontraba. Sentí conexión y correspondencias en cosas sutiles: me di cuenta de que los granos de maíz se parecen a las 3 cordales que tengo guardadas en mi cajón, que el tronco de uno de los pinos es del mismo ancho que el mío propio, o que las hojas de los pinos cuando se empiezan a secar toman un color parecido a mi cabello cuando se destiñe también. Además de estas correspondencias físicas, sentí también muchos reflejos internos y emocionales. Recuerdo especialmente el momento en que caminando, noté que un pino que había estado viendo crecer durante años, se había caído. Me impactó mucho y sentí mucha tristeza. Una tristeza muy particular, como si en su caída me viera reflejada a mí misma y mis propios momentos de pérdida.

Después de esto, quise tomar más fotos intentando mostrar lo que sentía por dentro; mostrar ese reflejo y esos espejos que veía. A pesar de que la manera en que tomé estas fotos me surgió de manera natural y espontánea, al verlas, cargan y muestran mucho parecido con el trabajo de Ana Mendieta. Si bien esto no es malo en sí mismo, fue algo difícil de asumir, ya que yo estaba llegando y aterrizando en estas imágenes desde un lugar de enunciación diferente, pero para una persona que no conozca el proceso, sería fácil decir que son una copia de ella o que no ven nada distinto. Entonces fue difícil marcar esa diferencia entre el trabajo de Mendieta y el mío a nivel visual, sin desviarme o romper con esa naturalidad e intuición que me surgía al querer tomar las fotos.











Después de sembrar estas semillas, quise enfocar mi atención en los elementos que consideré más potentes de cada una y dejar que germinaran, o se materializaran. De este proceso salieron 3 brotes. De la primera semilla, brotó *Simbiosis*, donde a través de acciones, intento borrar las dinámicas de opresión y colonización que ejerce lx humanx sobre la tierra, conservando las reflexiones y meditaciones que tuve al observar la tierra bajo el microscopio. De la segunda semilla brotó *Dientes Semilla*, un ritual en el que abordo la importancia del diálogo para la construcción y creación de nuevos mundos. Finalmente, de la tercera semilla brotó o se materializó *Herencia*, una acción que busca reflexionar acerca de la mirada patriarcal hacia las mujeres y las cargas que nos son impuestas desde muy pequeñas y heredadas por generaciones.

Este proceso de germinación de las semillas se relaciona con mi pregunta de investigación y mi búsqueda por crear nuevos mundos posibles. Al igual que las semillas germinan en tierra, en esta fase de germinación, acerco mi cuerpo a este elemento y trato de crear una relación donde se diluyan las estructuras de dominación y más bien se abra paso a un mundo donde nos relacionemos de manera simbiótica.

En las siguientes páginas, detallaré un poco más sobre cada brote y lo que quise explorar con cada uno.

Simbiosis

En un mundo donde la relación entre lxs humanxs y la tierra se ha caracterizado por una dinámica de colonización, es urgente repensar este vínculo. A través de este brote, quise cuestionar esa cotidianidad y tradición en la que lxs humanxs asumimos un rol dominante y al mismo tiempo, reflexionar sobre cómo esa misma dinámica se refleja en la colonización de nuestros cuerpos como mujeres.

Esta exploración me llevó a realizar una acción de larga duración en la que permití que mi cuerpo se convirtiera en un espacio abierto a nuevas formas de relacionarse y fusionarse con el territorio, buscando, tanto simbólica como literalmente, transformar mi lugar en el mundo. Enterrándome en la tierra, aunque fuera sólo por una hora, esta acción buscaba revertir o disolver algunas de las estructuras de poder que nos han sometido. Permitiendo que ambos cuerpos se conviertan en espacios de resistencia y diálogo, abrimos la puerta a nuevas maneras de entendimiento y conexión.

Este ejercicio, a simple vista sutil, pero largo, es, también una apología de la lucha diaria que enfrentamos las mujeres y la humanidad ante la colonización patriarcal y sus domianciones sistemáticas hacia nosotrxs. Estos gestos son una manifestación de la fuerza y el aguante diario que a simple vista es imperceptible, pero que vivimos constante y subterráneamente.



La experiencia de enterrarme fue muy distinta de lo que imaginé al principio. Cuando surgió la idea, la pensé de manera romántica, casi idealizada. Me dije a mí misma que mi cuerpo se fusionaría con la tierra, que ambos territorios se expandirían y comenzarían a funcionar en sincronía. Lo que no preví fue la complejidad y crudeza de la tierra misma, aunque ya me había acercado a ella durante el proyecto. Mientras cavábamos el hueco, descubrí que estaba lleno de vida: larvas de escarabajo habitaban ese espacio. Me sentí mal por perturbarlas, y cada vez que encontraba una, la apartaba con cuidado, aunque continué cavando, avanzando con un propósito que, en teoría, evitaba la dominación. Irónicamente, yo también estaba imponiéndome.

Cuando estuvo listo el hueco, me acosté ahí desnuda y sentí la tierra helada y húmeda tocando mi piel. De inmediato empecé a sentir incomodidad. Cuando estuve ya cubierta por la tierra, sentía todo su peso sobre mi cuerpo, especialmente mi pecho y sentía que no podía respirar del todo bien. Luego, comencé a sentir cosquillas en las piernas, seguidas de picadas. Creo que los insectos me estaban mordiendo o picando, pero no podía rascarme, no podía moverme. Yo, que tantas veces había escrito y soñado estar arropada con un manto de tierra, supuestamente tibia y acogedora, ahora entendía que en realidad estaba llena de incomodidad, de frío, de dolor, de vida, de impredecibilidad. Me había propuesto estar ahí, lo más quieta posible por 1 hora, entonces traté de hacerlo más llevadero, tratando de conectar y dejar que fluyeran todas estas sensaciones a través de mi cuerpo sin oponer mucha resistencia. Empecé a hacer ejercicios de respiración para tranquilizarme mientras veía cómo se movían las hojas con el viento. Intentaba inhalar y exhalar al ritmo de su movimiento, entrando en sincronía con el paisaje.

Tuve muchos pensamientos y mi mente viajó a muchos lugares. En un momento sentí que volví al útero, que volvía a ser bebé, envuelta y quieta dentro de mi madre, y podía ver, mirando hacia arriba, el móvil más hermoso hecho de árboles y flores. Contemplé lo que veía sobre mí: abejas ocupadas en las flores de los árboles que me rodeaban, sus zumbidos cruzando cerca de mi rostro. Moscas se posaban sobre mi cara, y recuerdo especialmente una que se deslizó desde mi ojo hasta la mejilla, lenta, como una lágrima. Sentí que lloraba moscas. A medida que pasaba el tiempo, empezaba a hacer más frío y empecé a temblar, olvidé respirar al ritmo del viento y otra vez sentí las agujas que picaban mis pies y mis piernas. Sentía deseos de salir corriendo, de llorar, de gritar, estaba un poco desesperada pero me propuse continuar ahí por el mayor tiempo que pudiera.

Traté de distraerme, imaginando y soñando; parecía que la tierra facilitaba mi entrada al mundo de los sueños, de lo intangible, como si mi cuerpo y lo terrenal se aquietaran, quedaran en pausa. Estando allí, mis preocupaciones sobre la imagen corporal se volvieron insignificantes. ¿Qué importaba ser gorda o flaca bajo la tierra infinita? en todo caso terminamos siendo banquete para moscas, para larvas, para fungi, para destripadores. Creo que en muchos momentos, mi mente entró en caos y fue en esos momentos cuando más sentí el caos de la tierra, pero cuando lograba calmar mi mente, no me parecía tan difícil sentir lo que sucedía a mi alrededor.

En mi propósito de fusionarme con la tierra, aprendí que ella no es un refugio idealizado, sino un espacio salvaje y caótico, y creo que fue en esa vulnerabilidad donde logré experimentar una conexión más real.

En este brote, decidí mantener la esencia del ritual de la fase anterior, conservando su fuerza y poder como herramienta para sanar y liberar simbólicamente. Quise abrir un canal para la transformación y la comunicación entre nosotras.

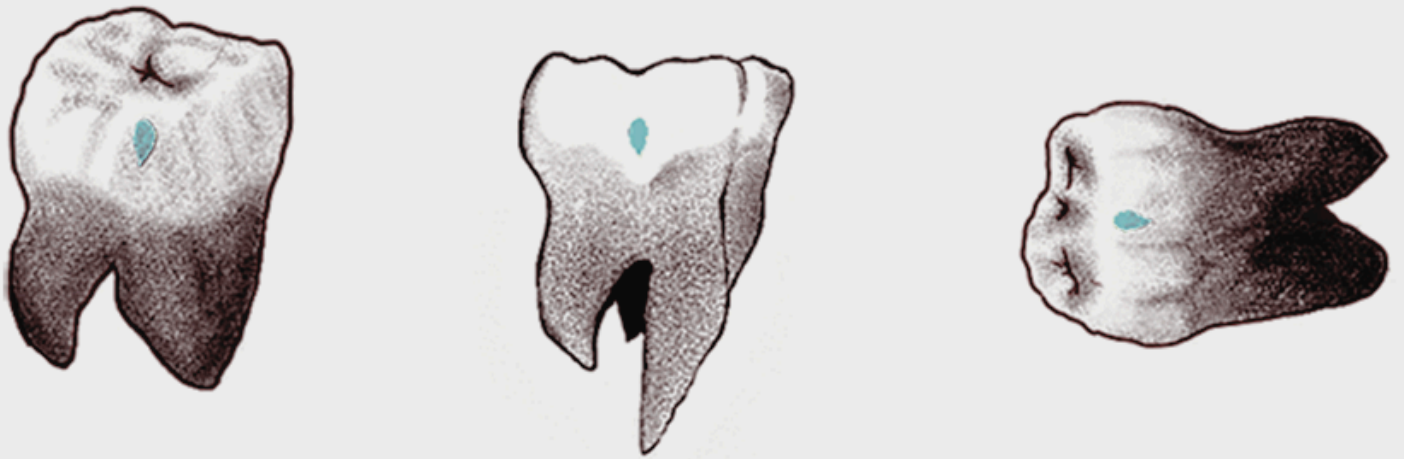
A través de la integración de elementos como las semillas y los dientes, busqué crear una comunicación profunda humanx-tierra. Creo que en estos dos elementos hay algo sagrado, hay algo que está más allá del cuerpo físico. Hasta la semilla más diminuta lleva dentro de ella todo un mundo latente por desplegarse, al igual que nuestras luchas; por más pequeñas que parezcan, cargan dentro de ellas otro mundo posible, esperando salir. Por su parte, los dientes también son semillas. Son semillas que están cargadas de un mundo infinito de palabras esperando por brotar. Sembremos nuestros dientes y de ahí florecerán las palabras, crecerá la verdad.

Considero que al generar una ruptura de las estructuras de dominación y las maneras cotidianas que tenemos de relacionarnos, usando la imaginación y el espíritu, se abre un espacio para el diálogo que fortalece la posibilidad de crear mundos nuevos en conjunto, de soñar juntxs. Este ritual busca encontrar lo sagrado en lo cotidiano de las semillas, en lo cotidiano de la palabra. Las palabras son poderosas, aunque no son la única manera de hablar ; el silencio también está lleno de verdades.



Muelas hechas en tierra y miel de abejas. Estas muelitas hacen referencia a la acción *Dientes semilla* y se hicieron pensando en la miel como metáfora de -endulzar- la palabra, así como pensando en las abejas como referente del trabajo colectivo. En su interior contienen semillas de chía.

DIENTES SEMILLA



LAS SEMILLAS SON MÁGICAS; TIENEN LA CAPACIDAD DE ALBERGAR EN SU PEQUEÑO INTERIOR, TODO UN MUNDO LATENTE A LA ESPERA POR DESPLEGARSE. DE MANERA SIMILAR, LOS DIENTES TAMBIÉN SON SEMILLAS. SEMILLAS MÁGICAS QUE GUARDAN EN SU RAÍZ MUNDOS INFINITOS DE PALABRAS Y DIÁLOGO.

MUCHAS VECES SUCEDE QUE LAS PALABRAS NO SALEN FÁCIL DE LA BOCA Y SE NOS QUEDAN ATASCADAS; NO BROTAN. PARA ESO ESTÁ ESTE DIENTE SEMILLA : SI HAY ALGO QUE QUIERES DECIR Y NO HAS PODIDO, TOMA ESTE DIENTE Y SIÉMBRALO. DEJA QUE DE ÉL BROTEN LAS PALABRAS Y LAS ESCUCHE LA TIERRA.

Tarjetas que hice para acompañar las muelitas de tierra y miel.

En este brote, a través del uso de la piel de serpiente como alegoría de esa mirada patriarcal condenatoria y las piedras como símbolos de esa carga, quise abordar cómo la mirada patriarcal nos ve y de cómo nosotras mismas, mujeres y niñas, vamos heredando y cargando con ese peso desde muy pequeñas.

Vestida con ropa que tiene un patrón de serpiente, y portando una piel de serpiente, la acción comienza con un movimiento en el que el cuerpo se entrelaza con la naturaleza. Las piedras, o las cargas, son recolectadas por mí y luego las paso a los brazos de una niña. Ella las va cargando hasta que son demasiado pesadas y decide hacer algo diferente con ellas: jugar. Mientras juega con las piedras, me uno y juntas las rearmamos y transformamos, armando y desarmando diferentes estructuras.

La importancia de esta acción está en la capacidad de jugar y soñar. Jugar no solo es un acto de diversión, sino una herramienta de resistencia y transformación. Al reorganizar las estructuras y cargas que nos oprimen, podemos empoderarnos y redefinir nuestras historias.





Después de trabajar en este proyecto, me he dado cuenta de que no es sencillo romper con las estructuras y sistemas de pensamiento que llevamos tan profundamente arraigados. Sin embargo, he comenzado a relacionar mi cuerpo con la naturaleza de maneras que tienen una fuerza sanadora y un potencial transformador en mi auto-percepción. Este proceso ha sido, en gran medida, un trabajo personal, pero creo que sería valioso continuar estas exploraciones en colectivo.

Si queremos realmente cambiar las estructuras de pensamiento patriarcal, primero debemos mirarnos a nosotrxs mismxs y reconocer esas formas de pensar que llevamos adheridas, a veces sin darnos cuenta. A partir de ahí, es posible cambiar nuestra manera de entender el mundo y de acercarnos a él.

Es fundamental jugar, soñar, imaginar nuevas formas posibles de existir y vivir para poder transformar nuestro entorno. Subvertir lo que nos han dado, resignificarlo. Creo que el arte tiene el poder de hacer todo eso: crear un mundo con sus propias reglas, sus propias leyes, su propio tiempo.

He comprendido que para dialogar con lx otrx es esencial dejar de idealizarlx, y entender que también puede ser caóticx, violentx, difícil. Al aceptar la complejidad de la otredad, comenzamos a ponerla en diálogo con nuestra propia complejidad.

Aunque este proyecto nació con la intención de explorar la relación entre las violencias hacia las mujeres y hacia la tierra bajo el sistema patriarcal, en el proceso descubrí que la cuestión va más allá de esos vínculos. Entendí que el sistema patriarcal nos afecta a todes, y aunque las mujeres experimentamos ciertas formas específicas de violencia, estas estructuras de pensamiento nos atraviesan a todxs y nos impactan de formas diversas.

En las siguientes páginas, algunos poemas que he escrito pensando en la tierra y quienes amo. También en quienes he amado y se han vuelto tierra.

Estos poemas serán declamados el día de la muestra, donde también abriré un espacio para que quien quiera pueda declamar poemas o hacer uso de la palabra.

Má,
tus golondrinas
salieron a bailar anoche
y me contó la brisa
fría
que estaban haciendo el amor

ahí
en el aire

mientras tú
arrullabas a mis hermanos
en tu vientre
tierra tibia
cuna infinita de eucalipto

la misma
a la que he llegado a gatas
suplicando arrojarme
con tus sábanas de musgo
para por fin dormir
sin tener que pensar
en fantasmas

pero
mientras tanto
me entretengo soñando arañas
que tejen
cada día una mosca dorada
desde mi pecho
hasta el tuyo, Má.

Ahora que llueve
me pregunto si sentirás frío.
Si querrás volver a este techo
donde siempre te espero

probablemente
duermes mejor ahora
en tu verdadera casa
entre una cama infinita
con olor a tierra mojada.

Yo, por el contrario
despierto a media noche
inundada de goteras
que se filtran a través
de tu silueta agrietada.

Me inquieta saberte
y te llamo,
pero sólo
te asomas

en medio del silencio

ese particular silencio
donde juegan
a esconderse las verdades.

Rocío, un teléfono celeste
insiste en que no te enredes
ni te evapores;
te pregunta si podrás beber
la infusión de volcanes
mañana miel.

Tuve que contarle
que viajaste
una noche a tu tierra
al sur del sol
y te arrastró la corriente
del líquido amniótico

que desde entonces
flotas sonámbula
y ya no te selva
el corazón
ni te cereza el alma;
que no queda sol
de lo que
brotaron un día
tus dientes pradera.

Me rodean hormigas incesantes,
hormigas que te preguntan...
Me llegan con rumores
y razones
acerca de tu domicilio,
que mandan los fantasmas;
barro y polvo.

Pienso en tus huesos,
en los míos,
en los destripadores.

Me distraen las larvas,
tus ojos,
tus ojos con larvas,
la náusea.

- García, M. C. (2018). *Ecología y feminismo en Colombia: Una mirada crítica*. Editorial Pontificia Universidad Javeriana.
- Korol, C., & Castro, G. C. (2016). *Feminismos populares: Pedagogías y políticas*. Editorial La Fogata.
- Mendieta, A. (1973). *Silueta de fuego* [Fotografía]
<https://blogs.uoregon.edu/anamendieta/2015/02/20/siluetas-series-1973-78/>
- Mendieta, A. (1973). *Sin título* [Silueta en arena] [Fotografía]
<https://blogs.uoregon.edu/anamendieta/2015/02/20/siluetas-series-1973-78/>
- Mendieta, A. (1973). *Imagen de Yagul* [Fotografía]
<https://www.sfmoma.org/artwork/93.220/>
- Mendieta, A. (s.f.). Ana Mendieta, testimonios [Video]. YouTube.
https://www.youtube.com/watch?v=HZE_3CnCeB0&t=86s
- Puleo, A. (2011). *Ecofeminismos para otro mundo posible*. Ediciones Cátedra.
- Puleo, A. (2014). *Ecofeminismo: Teoría y práctica*. Editorial Gedisa.
- Sagan, C. (1990). *Pale Blue Dot: A Vision of the Human Future in Space*. Random House.

